

México: las fiestas del Centenario, 1910*

Louise Noelle Gras

La arquitectura es el testigo insobornable de la historia.
Octavio Paz

1 Incluyendo un breve receso cuando el general Manuel González estuvo a la cabeza de la nación entre 1880 y 1884.

2 Para mayor información sobre el tema ver el trabajo de Ramón Vargas Salguero (1989).

3 Entre los más importantes se encuentran Leonce Reynaud (1805-1880) con *Traité d'architecture* (1850), Eugène Emmanuel Viollet-le-Duc (1814-1879) con *Entretiens sur l'architecture*, (1859), Louis Cloquet (1849-1920) con *Traité d'architecture* (1898-1901) y Julien Guadet (1834-1908) con *Eléments et théorie de l'architecture* (1901-1904).

4 Baste recordar, entre otros, que la compañía Milliken Brothers de Chicago, realizó los cálculos de la cimentación y fabricó las estructuras del inconcluso Palacio Legislativo de Emile Bénard y del Teatro Nacional de Adamo Boari.

* Las figuras que no tienen especificada la fuente son propiedad de la autora.

Resulta necesario revisar el acontecer histórico de un país para aquilatar cabalmente las aportaciones de la arquitectura en un momento dado y valorar así las obras en el contexto en que fueron realizadas; los proyectos y sus realizaciones han sido siempre pensados para el sitio y el tiempo en que surgen, reflejando claramente esa situación en las numerosas propuestas que se diseñan y construyen.

Para México, el periodo conocido como "La paz porfiriana" se extiende por más de tres décadas que ocupan el final del siglo xix y el principio del xx, de 1876 a 1911. Este lapso corresponde al tiempo en que el general Porfirio Díaz ocupó la presidencia de la república mexicana,¹ cuya última etapa coincidió con las celebraciones del centenario del inicio de la Independencia en México, conmemorado el 16 de septiembre de 1910; esta continuidad había conseguido una estabilidad política y social que no se lograba desde que se había consumado la liberación en 1821, con una consiguiente prosperidad económica. Uno de los factores que propiciaron esta situación de progreso fue el establecimiento de una red de comunicaciones basada en el ferrocarril, que favoreció la explotación agrícola, ganadera y minera, sin olvidar la incipiente producción industrial; de manera paralela, se afirmó una clase dominante que supo aprovechar estas condiciones financieras favorables, provocando con ello un desarrollo en el terreno de la cultura y la construcción. Por todo ello es fácil comprender que la arquitectura se perfila como una de las principales expresiones de tales condiciones socioeconómicas, al respon-

der tanto a los requerimientos del poder ejecutivo como a las necesidades de la nueva burguesía.

En efecto, las solicitudes de edificios especializados transformaron la fisonomía urbana de las diversas poblaciones, gracias a las nuevas edificaciones que se levantaron, tanto en las ciudades como en las localidades situadas en los confines más lejanos. Además, estos inmuebles llevaban la impronta del cambio habido en la arquitectura, tanto en las técnicas y los materiales como en las expresiones funcionales y estéticas. Cabe agregar que, por ese entonces, se generó un nuevo enfoque profesional por parte de los arquitectos, basados en una postura teórica que privilegiaba las ideas de nacionalismo y modernidad.²

Se puede decir que la arquitectura de la paz porfiriana se desarrolló en dos líneas de acción, las obras oficiales y las civiles, empleando de preferencia a profesionales extranjeros para las primeras, lo que dejaba a los nacionales pocas oportunidades dentro de las construcciones de cierta envergadura. En cuanto a las expresiones plásticas, se basaron en los dictados de las academias que favorecían el eclecticismo, sin escapar al afrancesamiento que dominaba el panorama mundial. Es necesario señalar que esta predilección por lo extranjero se extendió a la docencia, donde los tratadistas galos se consideraban como las máximas autoridades,³ así como a la presencia de nuevos materiales y técnicas constructivas, llegando al extremo de contratar con compañías allende las fronteras, los cálculos y las estructuras de las principales edificaciones.⁴



5 Este importante órgano se publicó entre 1898 y 1911, recogiendo en sus páginas tanto las expresiones de arquitectura e ingeniería de la época, como los principales textos de reflexión y teoría, entre otros los de Francisco Rodríguez.

6 La conferencia fue dictada en el Ateneo de la Juventud en 1907, y en ella declaró que anhelaba “un estilo nuevo que anime a nuestras artes plásticas y especialmente a la arquitectura” (Acevedo, 1967, p. 53).

7 Deseamos dejar constancia de que la información contenida en la tesis de licenciatura de Jaime Cuadriello (1983) fue de fundamental importancia para este estudio al igual que el libro de Israel Katzman (1973).

8 Es especialmente conocida la labor de Refugio Reyes en Zacatecas y Aguascalientes, Ceferino Gutiérrez en San Miguel Allende y Lucio Uribe en Colima. A esto debemos agregar algunos menos conocidos como José María Yerena y Juan Villapando en Michoacán, Dámazo Muñoz y José María Angulo en Jalisco, Benigno Montoya en Durango, José María Gómez en el Estado de México, Ambrosio Cerón en Veracruz, Mónico Gómez y Tomás Castillo en San Luis Potosí y Lisandro Peña en Monterrey.

De manera paralela, autores como el arquitecto Francisco Rodríguez, alias “Tepostecac-netzin Calquetzani”, los hermanos Nicolás y Federico Mariscal, en su revista *El arte y la ciencia*,⁵ apuntaban algunas ideas renovadoras, al igual que Guillermo Zárraga, quien se explayó en su cátedra de teoría de la arquitectura algunos años después; Jesús T. Acevedo fue quien más claramente supo expresar estas nociones sobre una nueva arquitectura acorde al naciente siglo, en una conferencia histórica.⁶ Asimismo, profesionales mexicanos, entre los que destaca el ingeniero Gonzalo Garita, ofrecían importantes aportes al tema de las estructuras, muy particularmente a la difícil cimentación en el subsuelo fangoso de la ciudad de México.

Así las cosas, conviene acercarnos a las principales obras del porfiriato, tratando de destacar tanto su destino como el carácter mismo de su aspecto.⁷ Por otra parte, se debe agregar que, durante ese periodo, los arquitectos e ingenieros lograron un auge y reconocimiento cabal de su profesión, independientemente de su nacionalidad. A ello se suma la labor de numerosos maestros de obra, que respondieron al incremento de la demanda constructiva en diversas entidades de la república, sin demérito de la calidad de las obras resultantes.⁸ Por lo tanto, resulta indispensable hacer una revisión del acontecer arquitectónico, así sea sumaria, para aquilatar tanto el valor de las obras como el de sus creadores, ese mismo que ha redundado en el reconocimiento mexicano en ese terreno. En aras de facilitar esta empresa, nos acercaremos en particular a las edificaciones de orden público, muchas de las cuales se propo-

nían como parte de las celebraciones del Centenario de la Independencia, ya que su conclusión debería coincidir con el término del periodo del presidente Díaz, esto sin olvidar aquellas que se realizaron específicamente para este fin.⁹

Es fácil comprender que una de las principales actividades constructivas durante el porfiriato, se centró en aquellos edificios que facilitaban las actividades administrativas. Así resulta evidente una decidida acción en torno a edificios de gobierno que significaban la fuerza del poder ejecutivo, tanto a nivel federal como municipal, adaptando en lo posible algunos edificios coloniales preexistentes; en los casos en que no se contaba con inmuebles adecuados se procedió a erigir, en las principales plazas, los nuevos espacios para la administración pública. Entre algunos ejemplos de palacios municipales construidos en la última década del periodo –1897 y 1908– se pueden mencionar el de la ciudad de Puebla, a cargo de Carlos Hall,¹⁰ que ofrece una fachada ondulante inspirada en el estilo barroco; y el de Chihuahua, realizado por Alfred Giles, con un tono más severo.

En Monterrey, el Palacio Municipal levantado bajo el mandato del Gobernador, el general Bernardo Reyes, se basa en un proyecto del ingeniero Francisco Beltrán, realizado en cantera rosa (1895-1909); este guarda una enorme semejanza estilística y volumétrica con un proyecto de Giles para el Palacio Federal de Chihuahua, que nunca se llevó a cabo, mostrando cómo la mayoría comulgaba con una propuesta neoclásica que privilegiaba este estilo para las edificaciones gubernamentales. Su amplio pórtico se conforma

Figura 1:
Francisco Beltrán,
Palacio Municipal de
Monterrey, 1895-1909.

Figura página anterior:
Antonio Rivas Mercado,
Monumento a la
Independencia.

Fuente:
México en el Centenario
de su Independencia.
Álbum gráfico (1981,
ilustración N° 86).



por ocho monumentales columnas de capitel corintio y se corona con una escultura alada de la Victoria; al frente del edificio se localizaba un agradable jardín, que hacía las veces de plaza de armas y que en la actualidad ha sido totalmente modificado.

En el estado de Oaxaca también se conserva esta tendencia neoclásica para la mayoría de las construcciones oficiales de ese periodo, como el Palacio de Gobierno Federal en la capital, o los municipales de diversas poblaciones como el de Tehuantepec, con edificaciones de corte académico que conservan los portales tan socorridos en todas las plazas de armas de este país. En cuanto al Palacio de Gobierno de Coahuila, en Saltillo, se destaca por su acertada localización frente a un parque y con la ineludible presencia de un balcón para los actos cívicos situado en un cuerpo de menor tamaño que remata el edificio. Este estilo que se pensaba como adecuado para los edificios de gobierno, se puede encontrar asimismo en los edificios de gobierno de Córdoba de Arturo Boca (1901-1904) y San Francisco del Rincón de Luis Long (1910), entre otros.

Dentro de este contexto es fundamental incluir el proyecto del Palacio Legislativo que, después de varios concursos cancelados, fue comisionado directamente en 1903 al arquitecto francés Emile Bénard, con miras a inaugurarlo durante las Fiestas del Centenario. Para este inmueble se encomendaron los cálculos de la cimentación y la estructura a la firma Milliken Brothers de Chicago;¹¹ la construcción presentó serios hundimientos ante el desconocimiento de los problemas del subsuelo de la ciudad por parte de los calculistas extranjeros, provocando el hundimiento de los cimientos y forzando a suspender la obra indefinidamente.¹² Se trataba de un proyecto de gran tamaño basado en los lineamientos del neoclásico, con el frente con una columnata monumental jónica y corintia en la parte del ingreso, rematado por un frontón; contaba además con una enorme sala de pasos perdidos coronada por una gran cúpula.

Por este motivo se comisionó apresuradamente a Mauricio M. Campos para realizar la Cámara de Diputados.¹³ Se trata de un edificio que soluciona inteligentemente el problema de su localización en el cruce de dos calles de poca amplitud, al proponer una pequeña plaza de acceso en la esquina. El corte en ochava permitió ampliar las dimensiones de la fachada neoclásica



y lograr una mejor escala para la columnata jónica y el frontón que la remata, así como colocar una amplia escalinata que subraya la dignidad del recinto.

Como corolario a estas construcciones administrativas, debemos agregar algunas edificaciones que muestran el interés del general Díaz por las comunicaciones y sus beneficios. En el caso de la Secretaría de Comunicaciones (1902-1911),¹⁴ a cargo de Silvio Contri, encontramos la gran calidad arquitectónica característica del periodo en un inmueble de estilo renacentista, donde los elementos de la decoración interior fueron realizados en Italia por Carlo Coppedè. En cuanto al Edificio de Correos (1902-1907) de Adamo Boari, el arquitecto utilizó un estilo neogótico isabelino para el exterior, mientras que el interior, de impecable factura, muestra un resultado altamente funcional; en este caso es de notar que la cimentación y la estructura estuvieron a cargo del ingeniero Gonzalo Garita, siendo todo un éxito su estabilidad.

Dentro del rubro que tiene que ver con la seguridad pública, se levantaron diversas edificaciones carcelarias, en cuyo caso se apeló a un estilo derivado de las fortificaciones medievales, para marcar el carácter preventivo enfatizado con un diseño a base de una planta panóptica.¹⁵ El ejemplo más contundente es el de la Penitenciaría de Lecumberri, cuyo anteproyecto se debe a Lorenzo de la Hidalga, y que se inauguró en 1900 con el proyecto final de Antonio Torres Torija.¹⁶ Otras ciudades siguieron el ejemplo, con cualidades funcionales y estilísticas similares; es el caso de San Luis Potosí con una obra de Carlos Suárez Fallo (1883-1903), Mérida con David Casares y Rafael Quintero (1887-1905) y Chihuahua con Alfred Giles (1900-1908). En este

Figura 4:
Silvio Contri, Secretaría de Comunicaciones, México D. F., 1902-1911.

9 Una publicación importante para conocer muchas de estas edificaciones es *México en el Centenario de su Independencia. Álbum gráfico* (1981).

10 Un arquitecto de origen inglés que vino a México contratado por la compañía ferrocarrilera de la familia Braniff.

11 Ver nota 4.

12 Debido a estos problemas, el 23 de septiembre de 1910 sólo se realizó una simbólica ceremonia de colocación de la Primera Piedra, a pesar de que los trabajos habían iniciado años antes. En 1933 parte de la estructura fue aprovechada por Carlos Obregón Santacilia, para edificar el Monumento a la Revolución.

13 El 23 de septiembre de 1910 tuvo lugar una sesión solemne a la que fueron invitados los parlamentarios extranjeros que visitaron a México con motivo de las celebraciones del Centenario. Hoy en día el edificio es utilizado por la Asamblea de Representantes de la ciudad de México.

14 Hoy en día es el Museo Nacional de Arte, con una adecuación museográfica de Jorge Agostoni. Ver Juana Gutiérrez Haces (1991).

15 Basado en el tratado de Jeremías Bentham (1980).

16 Con una adecuación a cargo de Jorge Medellín, en la actualidad es el Archivo General de la Nación. Ver Louise Noelle (1983).

17 En el escenario del teatro, Diego Rivera pintó poco después el mural "La Creación" (1922) y Fernando Leal, "La Epopeya Bolivariana", en el vestíbulo (1930-1942). En la actualidad, el inmueble pertenece aún a la Universidad Nacional Autónoma de México y fue transformado en museo por Legorreta Arquitectos en 1994.

Figura 5:
Adamo Boari, Edificio de Correos, México D.F., 1902-1907. Interior.

Fuente:
Lourdes Cruz. Archivo Fotográfico Instituto Investigaciones Estéticas, IIE, Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM.

Figura 6:
Jacobo Gálvez, Teatro Degollado, Guadalajara, 1856.

Figura 7:
Antonio Rivas Mercado, Monumento a la Independencia, México D. F., 1902-1911.

Fuente:
Archivo Fotográfico IIE, UNAM.



mismo orden de ideas, la Inspección de Policía de la ciudad capital (1906-1908) de Federico Mariscal coincide estéticamente con los lineamientos antes expuestos.

Entre los otros géneros que atendió la presidencia de Díaz, estuvieron los de educación y cultura. En el primer rubro cabe señalar por su importancia el edificio para la rectoría de la Universidad Nacional a cargo de Samuel Chávez (1906-1911); este se anexó al Real Colegio de San Ildefonso que se había construido originalmente para un colegio jesuita (1712-1745), por lo que el arquitecto, buscando una acertada integración, utilizó por



primera vez en México un estilo neobarroco. El inmueble se proyectó para alojar las oficinas de la rectoría y el Anfiteatro Bolívar, inaugurado el 22 de septiembre de 1910, día en que los profesores y delegados universitarios marcharon encabezados por el Presidente de la República para tomar sus nuevas instalaciones.¹⁷

En cuanto a los teatros, estos se significaron por su presencia a lo largo y ancho del país, desde Chihuahua con George F. King hasta Mérida, con el teatro Peón Contreras de Pio Piacentini, Nicolás Allegretti y Alfonso Cardone, inaugurados respectivamente en 1901 y 1908. Tal vez el más conocido resulte ser el teatro Juárez de Guanajuato de Antonio Rivas Mercado (1903), donde se puede apreciar, por una parte, una edificación dentro del más claro eclecticismo, con un exterior neoclásico y un interior neomorisco, y por la otra, la disposición "a la italiana" que guardaban la mayoría de las salas de espectáculos de la época. Otra obra importante es la del Teatro Degollado en Guadalajara, iniciado en 1856, del arquitecto y pintor Jacobo Gálvez; en este caso nos encontramos ante un edificio neoclásico que sigue los lineamientos del desaparecido Teatro Nacional de Lorenzo de la Hidalga, pero agregando un frontón al pórtico que sostienen ocho columnas corintias; como rasgos distintivos destacan también el vestíbulo oval y las decoraciones del plafón y la boca-escena, donde colaboró con el autor el artista Gerardo Suárez. Muchos otros teatros siguen este mismo estilo, entre los que podemos mencionar el Teatro de la Paz de San Luis Potosí, de José Noriega, inaugurado en 1894.¹⁸

En la Ciudad de México fue el arquitecto italiano Adamo Boari quien tuvo a su cargo levantar un nuevo Teatro Nacional cuya suntuosa construcción se inició en 1904,¹⁹ buscando emular la famosa Ópera de París; aquí optó por conjugar el neo-bizantino con un estilo que se ufanaba de renunciar a la arquitectura académica, el *art nouveau*.²⁰ En esta magna empresa se contrató para el cálculo de la cimentación y la estructura metálica a la citada empresa Milliken Brothers de Chicago, presentando también problemas de hundimiento desde el inicio de las obras. Asimismo se pidieron, como era la costumbre, buena parte de los elementos decorativos a Europa: el artista húngaro Geza Maroti realizó los diseños del plafón luminoso de la sala, del arco del proscenio y de la cortina de cristal, mismos que fueron elaborados por la casa Tiffany's de Nueva

York; el escultor catalán Agustín Querol realizó el águila que remata el conjunto y Cuatro Pegasos para coronar la caja de la tramoya;²¹ y Leonardo Bistolfi talló el tímpano del acceso principal con el tema de “La Armonía”.

Aunque sea de manera breve, es importante referirse al terreno de la “higiene” que había adquirido importancia en ese momento a escala mundial y que en México auspiciaba el grupo en el poder llamado “Los Científicos”. Por ejemplo, el Hospital General de México, obra de los ingenieros Roberto Gayol y Manuel Robleda Guerra (1900-1905),²² un magno proyecto que constaba de treinta y dos pabellones, amén de diversas instalaciones administrativas y docentes. En este sentido, tampoco se debe dejar de mencionar la construcción de numerosos mercados que buscaban con igual preocupación la solución higiénica de los problemas de abasto y distribución. Aquí se debe anotar que, en todos los ejemplos, se contó con amplios espacios interiores, logrados gracias a estructuras metálicas que venían del extranjero; para integrarlos al entorno urbano, se construyó el perímetro y los accesos dentro de variados estilos y materiales; recordemos tan solo el Mercado Hidalgo de Ernesto Brunel en Guanajuato, o el Mercado La Victoria de Julio Sarasibar en Puebla.

Para concluir con las obras realizadas directamente bajo el control gubernamental, debemos incluir aquí una serie de monumentos que se levantaron como parte del homenaje a los héroes de la Independencia en su Centenario; en el fondo se trataba de una forma más de enfatizar la presencia benéfica de la administración central. A esto se aunó una gran cantidad de festejos que buscaban tanto celebrar la gesta independentista como el presidente perpetuado en el poder.²³ Entre otros, se puede mencionar la presentación de credenciales de buen número de ministros plenipotenciarios, llegados de otros continentes, que fueron invitados especialmente a los festejos del Centenario de la Independencia y que, a su vez, ofrecieron suntuosas recepciones al mandatario. Asimismo se desarrollaron diversas inauguraciones, desfiles marciales y abundantes actos y veladas culturales.

El más importante, sin duda, es el Monumento a la Independencia (1902-1911) que, bajo la forma de una gran columna, resume una serie de estructuras conmemorativas en diversos puntos de la república mexicana;²⁴ éste resulta de

una singular importancia tanto por una serie de elementos simbólicos que enfatizan el nacionalismo, como por ser su autor un arquitecto mexicano, el director de la Escuela de Bellas Artes Antonio Rivas Mercado, asesorado en la parte estructural por Gonzalo Garita, Guillermo Beltrán y Puga y Manuel Gorozpe.²⁵ La idea de una obra para conmemorar la independencia había surgido desde antes, pero solo pudo materializarse como uno de los proyectos para las Fiestas del Centenario. La columna se desplanta sobre un basamento rectangular donde se localiza la cripta, con los restos de los héroes del movimiento independentista, y



18 Después de sufrir un incendio, en la actualidad funciona como teatro gracias a una remodelación a cargo de Francisco Cossío.

19 La construcción no pudo concluirse para las Fiestas de Centenario y se vio suspendida en 1916 por los problemas económicos que surgieron con la Revolución; su conclusión como Palacio de las Bellas Artes, en 1934, estuvo a cargo de Federico Mariscal, quien rediseñó el vestíbulo dentro del estilo *art déco* en boga por entonces.

20 Ver AA.VV. (1984).

21 Estos se localizan actualmente en la plaza frente al teatro.

22 Hoy en día desaparecido.

23 Ver Genaro García (1991).

24 En San Luis Potosí, por ejemplo, encontramos una columna que celebra el Centenario de la Independencia, aunque es de menor tamaño y está coronada por un águila.

25 Ver el libro de Martha Olivares Correa (1996).

Figura 8:
Adamo Boari, Teatro Nacional, México D. F., 1904-1916 (1934). Proceso de construcción.

Fuente:
García, G. (1991)

Figura 9:
Alfred Giles, Arco de la Independencia, Monterrey, 1910.

Fuente:
Luis Márquez, Archivo Fotográfico del IIE, UNAM.

26 Quien por cierto no es un héroe de la Independencia.

27 La ceremonia se celebró curiosamente hasta el 6 de octubre de 1910, debido a una inexplicable postergación; ver Louise Noelle y Daniel Schavelzón (1986).

28 Para mayor información, ver Elisa García Barragán (1983).



Figura 10:
Guillermo Heredia,
Monumento a Juárez,
México D. F., 1909-
1910.

Figura 11:
Leopoldo Batres, *Arco
Triunfal del Estado de
Yucatán para Porfirio
Díaz*, México D. F.,
1910.

Fuente:
García Barragán, E.
(1983)

Figura 12
Museo del Chopo,
México D. F. 1909-
1910.



tiene gran importancia el aspecto decorativo por sus elementos y símbolos nacionalistas. Las esculturas estuvieron a cargo del mexicano Enrique Alciati, aunque se ejecutaron en Francia, y cabe destacar las cuatro alegorías de la parte baja, La Guerra, La Paz, La Ley y La Justicia, así como La Victoria Alada que corona la esbelta columna a más de cuarenta metros de altura.

Un monumento diferente es el Arco de la Independencia de Monterrey que mandó levantar en 1910 el Gobernador Bernardo Reyes. El proyecto de Alfred Giles no presenta el carácter grandioso y nacionalista del anterior y fue realizado en cantera rosa, con una escultura en bronce de la Libertad que se colocó sobre la clave del arco a 25 metros de altura; los dos masivos cuerpos laterales están coronados por cuatro águilas con la serpiente, reminiscencias del escudo nacional.

El Monumento a Benito Juárez fue proyectado para ser inaugurado también durante las Fiestas del Centenario de la Independencia, el 18 de septiembre de 1910. Se trata de un hemisiclo concebido por el arquitecto Guillermo de Heredia, de severo estilo clásico y realizado en mármol de Carrara; dos largas bancas adosadas se desarrollan a los pies de diez columnas dóricas que forman el cuerpo del monumento, a cuyo centro se destaca un panel sostenido por dos leones. El todo está coronado por una escultura sedente del Benemérito,²⁶ flanqueado por dos figuras femeninas, una victoria alada que lo corona y una libertad que lo ilumina con su antorcha, todos esculpidos en mármol por Lazon.

Por otra parte encontramos el monumento efímero a los Héroes de la Independencia que, en 1910, levantara Federico Mariscal en el patio principal del Palacio Nacional;²⁷ esta obra, a pesar de ser una expresión de corta vida, puede señalarse como uno de los principales eventos, ya que fue central en la ceremonia con que se cerró esta celebración. Con este mismo sentido efímero, se deben señalar los abundantes arcos triunfales que se levantaron en diversas poblaciones del país durante esas festividades. Entre otros, podemos mencionar en la ciudad capital los arcos ofrecidos por los diversos estados, como el de Yucatán del ingeniero y arqueólogo Leopoldo Batres con una escultura de Enrique Alciati; el de Yucatán del historiador Alfredo Chavero; el de Tabasco de los ingenieros Luis e Ignacio de la Barra; o el de Chiapas del litógrafo José María Villasana.²⁸ A ello se agrega el hecho de que esta

ciudad contaba ya con servicio de electricidad, lo que permitió que un buen número de edificios públicos y privados se engalanaran con numerosas lámparas incandescentes que iluminaban los faustos nocturnos.

Otro rubro que se destaca dentro de los festejos de la Independencia es el del montaje de diversas exposiciones, especialmente de obras de arte. El edificio de la antigua Academia de San Carlos acogió a los artistas mexicanos, mientras que para la exposición de Arte Español se construyó un edificio *ad hoc*.²⁹ En un inmueble llamado “Palacio de Cristal”, pensado para albergar el Museo de Historia Natural, fue instalada durante las festividades la exposición japonesa.³⁰ Se trataba de una gran estructura de hierro aparente, sin una definición estilística, prefabricada en Francia y montada en México por Bacmeister y Ruelas Ingenieros, como una muestra más de la importación de edificios prefabricados en Europa.

Dentro de esta apretada síntesis mucho es aún lo que se puede decir sobre la riqueza arquitectónica de “la paz porfiriana”, tanto sobre la cantidad de obras emprendidas por diversas instancias, como por la calidad de factura y las innovaciones tecnológicas y funcionales; no olvidemos que una verdadera pléyade de profesionales aplicó lo mejor de sus conocimientos y creatividad para lograr un nuevo perfil en los centros urbanos. Además, muchas de estas obras fueron levantadas con la idea de celebrar, a la vez, el Centenario de la Independencia, destacando algunos inmuebles y buen número de monumentos en todo el país, que se acompañaron de las numerosas festividades desarrolladas en el mes de septiembre de 1910. Es preciso recordar que, por largo tiempo, esta época histórica fue subestimada por haber pertenecido a una dictadura que desembocó en la Revolución; no obstante, es preciso impedir que estos sentimientos de justicia social empañen la importancia del desarrollo económico y cultural de ese periodo, para poder apreciar en todo su valor sus productos artísticos y arquitectónicos, y con ello tratar de conservar

lo que ha sobrevivido del patrimonio construido durante el porfiriato.

Referencias

- Acevedo, J. T. (1967). *Disertaciones de un arquitecto*. México: INBA.
- AAVV (1984). *La construcción del Palacio de Bellas Artes*. México: INBA.
- Bentham, J. (1980). *Panopticon; the Inspection-House*. México: Archivo General de la Nación.
- Cuadriello, J. (1983). *La arquitectura en México (ca. 1857-1920)*. Tesis de licenciatura no publicada. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Arte.
- García, G. (1991). *Crónica oficial de las fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*. México: Centro de Estudios de Historia de México.
- García Barragán, E. (1983). “La exaltación efímera de la vanidad”. En: *El arte efímero en el mundo hispánico*. México: UNAM.
- Gutiérrez Haces, J. (1991). *El Palacio de Comunicaciones*. México: Secretaría de Comunicaciones y Transportes.
- Katzman, I. (1973). *Arquitectura del siglo XIX en México*. México: UNAM.
- México en el Centenario de su Independencia. *Álbum gráfico* (1981). México: Juan Cortina Portilla.
- Noelle, L. (1983). “El Archivo General de la Nación, transformación de una antigua penitenciaría en centro cultural”. En: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 53. México: UNAM.
- Noelle, L. y Schavelzón, D. (1986). “Monumento efímero a los Héroes de la Independencia”. En: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 55. México: UNAM.
- Olivares Correa, M. (1996). *Primer Director de la Escuela de Arquitectura del siglo XX, a propósito de la vida y obra de Antonio Rivas Mercado*. México: IPN.
- Vargas Salguero, R. (1989). *Historia de la teoría de la arquitectura: el porfirismo*. México: UAM.

²⁹ La inauguración tuvo lugar el 9 de septiembre de 1910, pero el edificio no se conserva en la actualidad.

³⁰ Se le conoce como Museo del Chopo por localizarse en la Calle del Chopo. La citada exposición fue inaugurada el 2 de septiembre de 1901; hasta 1964 el Museo estuvo ocupado por el Museo de Historia Natural, año en que pasó a ser propiedad de la UNAM. Actualmente se encuentra en un proceso de renovación, con un proyecto de Enrique Norten.



México: las fiestas del Centenario, 1910

(págs. 228-235)



Louise Noelle Gras Licenciada en Historia del Arte de la Universidad Iberoamericana y maestra en Historia del Arte de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM. Editora de la Revista *Arquitectura/México* entre 1976 y 1980. Investigadora en el Instituto de Investigaciones Estéticas, IIE, de la UNAM, desde 1983, y profesora de Historia de la Arquitectura Mexicana del Siglo xx en la Universidad Iberoamericana y en la UNAM, así como de cursos y conferencias en numerosas universidades de México y del extranjero. Autora, entre otros, de los libros *Agustín Hernández, arquitectura y pensamiento*; *Arquitectos Contemporáneos de México*; *Ricardo Legorreta, tradición y modernidad*; *Guía de arquitectura contemporánea de la Ciudad de México*; *Teodoro González de León, la voluntad del creador*; *Vladimir Kaspé, reflexión y compromiso*; *Luis Barragán, Búsqueda y creatividad*; *Una ciudad imaginaria, Arquitectura mexicana de los siglos xix y xx en fotografías de Luis Márquez*, y de numerosos artículos en revistas especializadas. Miembro del Comité Internacional de Críticos de Arquitectura, CICA, de la Academia de Artes y del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios Mexicanos, ICOMOS, y Académica Honoraria de la Academia Nacional de Arquitectura.

Recepción

14 de mayo de 2006

Evaluación

8 de agosto de 2006

Aceptación

26 de septiembre de 2006

Correspondencia

noelle@servidor.unam.mx

Resumen

En México, el Centenario del inicio de la Independencia coincide con el final de las tres décadas que ocupó la presidencia el general Porfirio Díaz, un periodo de paz y bonanza económica, a pesar de haber propiciado la Revolución Mexicana. Esta condición de prosperidad trajo consigo un auge constructivo que se vio reflejado en los distintos ámbitos del país, tanto en la arquitectura religiosa o civil, como en la pública. Esta arquitectura oficial, que propició edificios de gobierno, de seguridad, de esparcimiento y de salud, fue presentada por el Presidente y los diversos gobernadores como parte de los festejos del Centenario a los dignatarios extranjeros que fueron invitados a la

celebración; a ello se suma una serie de monumentos realizados con el fin único de celebrar la gesta independentista y de ser inaugurados en los días cercanos al 16 de septiembre de 1910, fecha oficial del festejo. Resulta interesante apreciar cómo las principales edificaciones fueron confiadas a arquitectos extranjeros, una costumbre en boga por esa época, dejando los inmuebles de menor importancia y los diversos monumentos a los locales. Esta condición marca el inicio de una tendencia nacionalista por parte de los arquitectos mexicanos, tanto en sus obras como en sus escritos.

Palabras clave

México, historia, centenario, arquitectura, festivales.

México: the centennial feasts, 1910

Abstract

In Mexico the beginning of the independence century coincides with the end of three decades of General Porfirio Díaz presidency. Although the Mexican revolution, it was a wealthy and peaceful period. This condition of wealth brought along a construction peak reflected on different fields of the country in both architectures: religious and public. This official architecture favoured each and all government, health, and security buildings. These constructions were presented by the presidency to the foreign dignitaries as part of the centenary festivities along a series of monuments opened days near the 16th of September 1910 (official date of the festivity) just for the celebration. It's interesting appreciate how the principals buildings were trusted to the foreign architects- a common costume at that time- leaving the less important constructions to de local architects. This condition marks the beginning of a national tendency by the Mexican architects both in their works and writings

Key Words

México, history, centenaries, architecture, festivals.



Fe de erratas

vol. 19
núm. 2



México: Las fiestas del centenario, 1910

Louise Noelle Gras*

Pag. 228-235



Figura página anterior:
Antonio Rivas Mercado, Monumento a la Independencia.
Fuente:
México en el Centenario de su Independencia. Álbum gráfico (1981, ilustración N° 86).



Figura 1:
Francisco Beltrán, Palacio Municipal de Monterrey, 1895-1909.



Figura 2:
Silvio Contri, Secretaría de Comunicaciones, México D. F., 1902-1911.



Figura 3:
Adamo Boari, Edificio de Correos, México D.F., 1902-1907. Interior.
Fuente:
Lourdes Cruz. Archivo Fotográfico Instituto Investigaciones Estéticas, IIE, Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM.

* Las imágenes que no tienen fuente son propiedad del autor.



Figura 4:
Jacobo Gálvez, Teatro Degollado, Guadalajara, 1856.



Figura 5:
Antonio Rivas Mercado, Monumento a la Independencia, México D. F., 1902-1911.
 Fuente:
 Archivo Fotográfico IIE, UNAM.



Figura 6:
Adamo Boari, Teatro Nacional, México D. F., 1904-1916 (1934).
Proceso de construcción.
 Fuente:
 García, G. (1991).



Figura 7:
Alfred Giles, Arco de la Independencia, Monterrey, 1910.
 Fuente:
 Luis Márquez, Archivo Fotográfico IIE, UNAM.



Figura 8:
Guillermo Heredia, Monumento a Juárez, México D. F., 1909-1910.



Figura 9:
Leopoldo Batres, Arco Triunfal del Estado de Yucatán para Porfirio Díaz, México D. F., 1910.

Fuente:
García Barragán, E. (1983).



Figura 10:
Museo del Chopo, México D. F. 1909-1910.